

Te espero, Camilo: he buscado para Clara y para ti un lindo *appartement* en el *Gran Hotel*, donde estaréis como príncipes. ¿Me permitirás que envíe á tu mujer cada día, como memoria de fraternal cariño, el ramillete que enviaba cada mañana á la ruin Marquesa de Montemar? ¡Qué dinero tan abominablemente gastado el de aquellas flores que ofrecía á un áspid!

Te advierto que si no eres para Clara lo que debes ser, me declaro su protector y su hermano. Venid, Camilo: deja á Mélida, que ha querido ser aldeana por su gusto, con su aldeanito Juan, y haz de tu esposa lo que el cielo quiere que sea: una gran señora y una mujer ejemplar, lo cual no es tan difícil como el mundo descreído piensa; y de esta verdad será tu esposa un brillante ejemplo.

OCTAVIO.

XXXVIII

La Marquesa de Montemar al Marqués.

Castillo de Montemar, Septiembre de 18...

He recibido tu carta: al pronto me causó ira; luego risa, y esto es, á mi juicio, lo que merece.

Mi pobre César, ¿sabes que es de muy mal gusto el hablarme en ese tono de tutor de comedia?

¿A qué viene recordarme el decoro de tu nombre y á tu *noble madre*? ¿A qué viene el decirme que me he casado contigo *sólo para tener libertad completa*? ¿Acaso no he sido yo libre toda mi vida? Pregunta á mi padre si una sola vez ha podido torcer mi voluntad: de seguro te dirá que no, y eso que su fuerza de carácter, comparada con la tuya, es la encina comparada con la caña.

En cuanto á lo que me dices del Conde de Peñafiel, ¿qué habría de extraño en que nos hubiésemos dado *cita en estas soledades*, como tú dices? Según he sabido, y según yo misma he observado, tú estás también enamorado ciegamente de la Condesa, á cuyo amor te robé con mi talento. Ya ves cómo sé tomar las cosas con bastante filosofía, y que estoy dispuesta á respetar el decoro y sosiego de Clara como el de la hija de los mejores amigos de tus padres.

¡Qué de repente te ha ocurrido, esposo mío, el tomar interés por esa mujer, á la que hiciste la más cruel de las afrentas rehusando su mano! Poco te cuidabas antes de su reposo, y poco miraste por su decoro, que hoy parece serte tan caro.

Nada me importa todo eso. Soy Marquesa, que es lo que deseaba: ¿á qué negarlo?

Iré pronto á Madrid; mi capricho romántico por la soledad pasó; todos los que han ido á expediciones veraniegas regresan ya, y yo quiero estar algún tiempo en reposo para abrir mis salones y concurrir á las fiestas que tengan lugar en otros.

Estoy encinta: sé que esta noticia te será enojosa, y que no te alegrarás de tener nuevos deberes que llenar, tú que miras los deberes casi con temor.

En cuanto á mí, tampoco me agrada que llegue tan pronto nuestro heredero. Al venir aquí, ya hacía mucho tiempo que tenía yo sospechas acerca de su existencia; pero quería engañarme á mí misma.

Yo me arreglaré de modo que no me incomode gran cosa: le daremos á criar fuera, y así que empiece á ser crecido, á un colegio; á la salida un ayo y á viajar.

Si es niña, seguiremos el mismo orden: esto es lo que aconseja la prudencia y lo que ha hecho siempre la gente de buen tono.

Creo que este plan de vida no te disgustará, pues me *mandas* ir á abrir *tu* salón y permanecer á tu lado, del que nunca *debo separarme*, á lo menos hasta que llevemos seis años de matrimonio.

Otra vez he tenido ganas de reirme al ver que crees que pienso *en las flores y en las auras*. Ya pasó mi época romántica: ahora ya no me agradan otras flores que las de brillantes, ni otras auras que la admiración que produce murmullos al entrar yo en un salón. No me juzgues buena, tierna y generosa, apasionada y sublime: nada de eso soy, César; nada de eso seré jamás á tu lado.

VALENTINA.

XXXIX

Mélida á Valentina.

C..., Octubre de 18...

Adjunta á ésta hallarás la carta que escribiste á mi hermana acusando á su marido de amarme: ella me la ha enviado como una prueba de su cariño y confianza, que Dios ha querido conservarme, á pesar de tu perfidia, y yo te la devuelvo, porque ese indigno escrito sólo debe estar en las manos que lo han forjado.

Guárdalo, y ¡ojalá siempre que lo veas penetre en tu corazón el remordimiento!

Si lo rompes para destruir ese testigo, ese acusador de tus malos instintos, Dios quiera que destruyas éstos con él, y tu alma quede purificada y abierta al arrepentimiento.

Yo, por mí, te perdono. Clara te perdona también: no me lo ha dicho, no se lo he preguntado; pero lo sé: en el alma grande y noble de mi hermana no puede abrigarse el rencor.

¡Ojalá que Dios te perdone igualmente, y que el daño que has intentado hacerle no caiga sobre ti!

Valentina: á pesar de tu crueldad, aún te amo, y quisiera poder devolverte mi estimación. Escu-

cha los consejos de tu amiga: abandona esa rápida pendiente por la que te dejas arrastrar; rodéate de afectos en vez de romper los que te envía la Providencia. Los afectos son los lazos de flores que nos unen á la vida, y ninguna simpatía se debe despreciar ó tener en poco.

¡Y tú los destrozas del mismo modo que el vendaval troncha y deshace las frágiles cañas que guarnecen las márgenes del arroyo! ¡Ah, pobre Valentina! ¿Qué será de ti cuando te señalen en la sociedad como un ser peligroso, como una mujer agresiva é imposible de tratar? ¿Qué harás si la envidia sigue devorando la savia de tus buenos instintos, si la dejas enroscarse á tu corazón como una serpiente que al fin le devore?

Porque la envidia es la negra sombra que empaña tu vida desde la cuna, y la que te vuelve dura, y la que te hace desgraciada. ¡Pobre Valentina! Permite á la que es aún tu amiga, á la que te ama á pesar de todo, que te compadezca.

No sé qué remedio darte para esa dolorosa y enconada llaga de tu alma. Hay pocos, á mi parecer, y esos son á la par lentos y duros de poner en práctica. Piensa, no en los que son más felices que tú, sino en los que son más desgraciados; no en los opulentos, sino en los que no tienen pan que llevar á la boca; no en los que gozan, sino en los que sufren. De esta manera darás gracias á Dios por tu suerte y te considerarás dichosa con ella, sin envidiar ninguna otra.

¿Qué te falta á ti para que envidies á mi hermana? ¿No eres hermosa como ella, más rica que ella? ¿No posees la posición que le arrebataste, y que es tan elevada como la suya? ¿Qué posee ella que tú no tengas? ¡Ah! ¡ya lo sé! Posee la virtud, la moderación, la templanza que nace del noble orgullo; posee las bellas prendas del alma, y en eso será siempre superior á ti.

Pero ¿por qué envidias lo que puedes imitar, adquirir y poseer? ¿Acaso es tan grande empresa el ser buena y generosa? Valentina, mucho más suave es de practicar la virtud que el vicio; mucho más hermosa, y más ópimos frutos recoge.

Ya sabes que acerca de esto yo tengo mis ideas: creo que todos los estados de la vida se pueden ennoblecer, y por eso, conociendo que amaba á Juan Bautista, me casé con él.

Muchas veces me has dicho que crees ver en esto una muestra de desprecio á mi clase; pero te equivocas: no hay nadie que estime su cuna más que yo; doy gracias á Dios de que haya sido noble, entre otras razones, por la de que así podrá presentarse un día ú otro mi marido en el gran mundo á que pertenezco.

Valentina, estoy enferma, y creo que de mucha gravedad. Voy á ser madre, y algunas veces me parece que mi vida se apagará, como una luz débil, al dársela á mi hijo: Oye, pues, los consejos de una amiga que cree columbra la eternidad y que no se espanta de ella: procura moderar tus pasio-

nes, para que, si te ves en este trance, tengas el alma tranquila y no angustiada por los remordimientos del mal que hayas hecho, para que, si eres madre, legues á tus hijos un caudal de simpatía y de bendiciones.

Consagra á hacer bien esa insaciable actividad de tu imaginación, que, mal empleada, es la que te ocasiona el hastío y las quimeras irrealizables; ocúpate en algo, y permite que te repita lo que te escribía al poco tiempo de haberte casado: no se opone el ser gran señora y dama distinguida, á ser mujer buena y laboriosa y estar constante y agradablemente ocupada.

Y luego, ¿qué fortuna hay que baste al continuo descuido de los intereses, á la indiferencia con que tú dejas tu casa por un vano capricho, por una culpable curiosidad? ¿No temes que tu marido se arrepienta un día de haberse casado contigo y te lo diga? ¿No temes que surjan en tu matrimonio desavenencias, cuestiones amargas, disgustos sin remedio? ¿No temes que tu esposo y su madre te acusen de la ruina de su casa por tus gustos locos y tu indolencia?

¡Qué triste cosa debe ser el verse acusada por la persona á quien más se desea complacer! ¡Qué amargas deben ser sus reconvenciones, y cómo debe torturar la conciencia cuando las hemos merecido!

Una mujer puede ser la alegría de su casa, ó puede causar la infelicidad de cuantos la rodean:

elige lo primero, Valentina, y no lo segundo. ¿A qué hacerse aborrecer, cuando una puede ser amada? ¿Por qué prepararte pesares para el porvenir, cuando puedes tejerte con tus virtudes una bella corona de inmarcesibles flores?

Adiós, Valentina: no sé cuándo volveré á escribirte, ni si volveré á hacerlo jamás. La muerte puede helar mi mano; tus locuras pueden colocarte tan lejos de mí, que no podamos alcanzarnos; pero tu enmienda y tu cordura pueden también devolverte todos tus derechos á mi amistad. Si Dios no me llama á otra vida mejor, yo seré feliz entonces abriéndote de nuevo mis brazos y diciéndote que es siempre tuyo el corazón y el cariño de

MÉLIDA.

XL

Camilo á Octavio.

Urrea, Octubre de 18...

Tu carta me ha decidido, y salgo hoy para Madrid en busca de Clara, con la que muy pronto estaré á tu lado.

Nadie como yo admira la heroica virtud de mi mujer; nadie puede comprender como yo cuánto

habrá sufrido antes de quejarse, ella tan altiva y valerosa.

¡Oh! si yo hubiera sabido que esa infernal mujer le había dado tan rudo golpe, ¡cómo hubiera acudido á consolarla! ¡cómo hubiera logrado infundir en su alma paz y serenidad!

Pero nada he sabido hasta muy tarde, y esa desgraciada ha apurado lentamente el mortal veneno de un dolor sin lenitivo.

Este amargo pensamiento me preocupa de tal modo, que apenas recuerdo la dicha de ser padre.

Mi hijo no vive todavía, y su madre es muy desgraciada por mi culpa.

¡Ah! no es eso lo que ella tenía derecho á esperar de mí al aceptar, para recorrer el áspero camino de la vida, mi compañía y mi protección.

¡Cómo me aborrezco y me detesto á mí mismo! ¡Qué despreciable me veo! ¡Pobre, pobre Clara!

Tienes razón, amigo mío: no debo ir á tu lado para curarme, porque ya no estoy enfermo, sino al suyo: ya estoy curado. Ante el recuerdo de mi mujer, el de Mérida palidece, y creo que antes de mucho tiempo la miraré con un afecto enteramente fraternal.

Si Clara hubiera hecho lo que la generalidad de las mujeres; si hubiera venido adonde yo estaba para cerciorarse de si era verdad lo que la decían en esa carta; si hubiera llorado; si me hubiera llenado de cargos é improprios; si hubiera divulgado mi flaqueza, mi orgullo de hombre se

hubiera sublevado, y quizá hubiera roto por mi mano unos lazos que ya se me iban haciendo demasiado pesados; pero no puedo menos de respetar y admirar á mi mujer, encerrándose en su casa para morir silenciosamente, y llamándose al mismo tiempo con el acento del ruego y del perdón.

Ya te lo dije. Si Clara sabe lo que pasa en mi corazón, después de escrita la carta que me ha dirigido, se ha elevado á mis ojos sobre todas las mujeres.

Dejo, pues, estos sitios, donde tanto he soñado, curado, al menos por ahora; creo que mi hijo y mi mujer me librarán de otra nueva dolencia, ó mejor dicho, de recaer en la misma. Todavía no había tenido tiempo de apreciar á Clara, porque desde el día en que la vi por primera vez, vi también á su hermana ante mis ojos; desde hoy empezaré á conocerla y á amarla: estoy seguro de ello.

Quisiera, ahora que voy á ser padre—y lo deseo por la primera vez de mi vida,—ser rico, ó á lo menos tener lo mucho que he dado á ingratos que no me lo han agradecido: ya sé que la felicidad no es la riqueza; pero sé también que la riqueza es un poderoso auxiliar de la felicidad: donde los medios sobran, rara vez faltan ni la alegría, ni la serenidad del carácter, ni la paciencia; donde la pobreza impera, cada paso es un tropiezo, y la irritación que causan las privaciones se encuentra á cada instante con obstáculos que la hacen crecer.

Sin embargo, no pido á Dios la opulencia, sino que me conserve la holgada medianía que aún poseo, y que creo bastante para el decoro de mi casa.

El trabajo lo embellece todo, y yo trabajaré; ya sabes mi opinión, que tú has aprobado no pocas veces, acerca de la ociosidad en que consumen su vida muchos jóvenes de nuestra clase: sumergidos en el fondo de sus gabinetes desde que se levantan—que jamás es antes de las dos de la tarde,—pasan su existencia sin darse cuenta de ella y sin haber contemplado jamás el magnífico espectáculo de la salida del sol, ni el modo como desaparecen las estrellas á la llegada de la aurora.

¡Desgraciados! ¡Cuánto les compadezco! Para ellos, lo bello es una quimera, es una mentira; la prosa de la vida es lo que les rodea por todas partes, y sólo tienen fijos los ojos en las miserias de la tierra, sin querer levantarlos jamás al cielo.

No será así, por cierto, como yo eduque á mis hijos: á cada uno procuraré abrir un porvenir de trabajo, de holgura, de felicidad, que les ponga al abrigo de la escasez y de la pobreza; á cada uno enseñaré que las horas del trabajo son las más dulces, y que el trabajo es el amigo más fiel que tiene el hombre sobre la tierra.

Al que no sea apto para las tareas del entendimiento; al que no pueda ser pintor, músico ó poeta, le haré aprender un arte mecánico, para que jamás se vea devorado por el cáncer de la ociosidad, ni agobiado por los horrores de la pobreza.

No sé el tiempo que estaremos en París. ¡Ay! ¡casi no sé tampoco cuándo iremos! Temo hallar á Clara enferma de peligro, y sólo me tranquiliza una cosa que antes me era muy sensible: el silencio de la Condesa. Creo que si su hija se hallase en un estado peligroso, hubiera dejado á un lado el resentimiento que pudiera tener conmigo y me hubiera escrito: esa noble señora es indulgente, como todos los que poseen un alma generosa, y además, el temor de perder á su hija le hubiera hecho olvidarlo todo.

Si Clara sólo está indispuesta á causa de su tristeza, espero curarla muy pronto, y la llevaré al instante á París: te doy gracias por tu propósito de buscarnos habitación, y la acepto tal como tú la tengas preparada.

También te doy permiso para que ofrezcas á Clara cada día un ramillete, aunque esta atención la hayas tenido ya con su enemiga; pero ¿qué importa? Las flores son siempre bellas, y más cortadas por la mano de la amistad: además, yo compadezco á esa pobre y extraviada muchacha, y, si me es posible, arrancaré del alma de Clara las semillas del odio, dado caso que hayan empezado á nacer en la suya, que es tan noble y tierna.

Pero no: estoy seguro de que así que yo se la pida me dará esa despreciable carta, que la estará martirizando, en cuya lectura se gozará quizá con un amargo placer.

Adiós, Octavio: hasta muy pronto. En breve lle-

garán ante ti dos jóvenes esposos, pálidos, flacos, demacrados por el soplo abrasador de las pasiones: cúralos tú con el suave aroma de tu afecto, y ciñe sus sienes con las frescas flores de la verdadera y leal amistad.

CAMILO.

XLI

La Condesa á Mérida.

Madrid, Octubre de 18...

Tu hermana, hija mía, acaba de dar á luz una hermosa niña con toda felicidad.

Ella no creía tan próximo su alumbramiento; pero yo sí, y por eso la he disuadido, lo mismo que á Camilo, de emprender su viaje á París, que llevarán á efecto no bien Clara se halle restablecida.

El Duque de Richeville viene para tenerla en la pila bautismal, y recibirá los nombres de Octavia Clara María, aunque se la llamará con el último.

Tu hermana dice que se parece á ti, y yo creo lo mismo.

Ya te he dicho en otra mía anterior que el espíritu de tu hermana se tranquilizó á los dos días

de hallarse aquí Camilo: él, con la magia de su lenguaje y de su voz, supo reanimar á Clara, lo que yo, á pesar de todos mis esfuerzos y ardides de madre, no podía lograr.

Sólo conseguía un daño mayor, y es que Clara me ocultaba todo lo que sufría para no afligirme.

Felizmente, disipada algún tanto su languidez y la debilidad que la aniquilaba, ha adquirido fuerzas, y espero, dentro de pocos días, verla contenta y restablecida.

Ahora, hija mía, mi pensamiento no se separa de ti: yo quisiera volar á tu lado, porque también está próxima tu maternidad; pero no puedo dejar á tu hermana por ahora. Tú, á lo menos, tienes ahí á la excelente y previsora madre de Bautista, y, además, aún permanece Honoria contigo; pero Clara no tiene á nadie, porque ni aun la Mariscal, tan activa y ágil en otro tiempo, puede venir á verla. A mi pobre amiga le costará la vida el casamiento de su hijo, ó más bien, la inexplicable conducta de la esposa de éste.

Volvió á Madrid, y se ha dedicado con el ansia más loca á asistir á los bailes, saraos y toda clase de diversiones. Su lujo es de tal modo excesivo, que es del todo imposible no venga al suelo la colosal fortuna de la casa: una nube de inútiles servidores vaga por las antecámaras sin ocuparse en nada, pero gastando cada día una espantosa suma en el sostenimiento de su ociosidad.

César se ha vuelto misántropo, y apenas se deja ver de las gentes: estoy segura de que ha sentido ya muchas veces el no haberse casado con Clara. Al ver á su madre en el estado de demacración en que se va quedando, se golpea la frente y huye de su vista con aire extraviado y casi demente.

¡Y su esposa está próxima á darle un hijo! ¿Qué hará este desgraciado cuando vea que no tiene madre que vele por él?

Yo bendigo á Dios todos los días, hijas mías, porque sois tan buenas, que todas me envidian el ser vuestra madre.

Clara acabó su cuadro el día antes de su alumbramiento: es el retrato de Camilo hecho de memoria, con un talento y una seguridad que Van Dyck no se desdeñaría de firmarlo. Camilo está tan admirado, que no puede creer á sus ojos.

Así que Clara deje el lecho, correrá á tu lado tu madre, que te abraza,

LUISA.

XLII

Honoría á Clara.

C..., Octubre de 18...

Nuestra Mélida, querida hija mía, tiene ya una niña tan bella como la primera luz de un hermoso y sereno día.

Nació ayer: desde entonces todo es aquí alegría, pero tan grande, que raya en locura.

La señora Catalina y su marido, que jamás han tenido una niña, rien ahora, cantan y lloran al ver á su nieta, y se la quitan de los brazos el uno al otro.

Bautista, aunque muy preocupado por el alarmante estado de su mujer durante los últimos dos meses, está también absorto en una felicidad suprema; pero su carácter, que se ha hecho grave y recogido, no le permite los extremos que á sus padres.

Es necesario con Mélida un cuidado extremo: su delicada naturaleza se ha resentido profundamente de las penosas molestias de su embarazo; pero quizá la maternidad fortalezca su débil organismo.

De usted, mi amada Clara, sé que ya ha deja-

do el lecho, que se restablece, que es feliz. ¡Ah! ¡gracias al cielo que ha pasado la terrible tempestad que durante algún tiempo ha rugido sobre su cabeza! ¡Qué admirable valor el suyo! ¡Y cómo debe Dios recompensarlo! Camilo es digno de apreciarlo, y él será siempre el primer admirador de usted.

Sé por su buena madre que á su niña, sin embargo de llevar el nombre de su padrino y el de usted, se le ha puesto como primero el dulce de *María*, y que así será como se la llame: tiene usted mucha razón. ¿Bajo qué advocación más santa puede ponerse á una criatura al pisar los umbrales de la vida? Si Dios me hubiera concedido la dicha de ser madre, *María* se hubiera llamado mi primera hija.

La niña que nos ha nacido ayer—y digo *nos ha nacido*, porque también la considero un poco mía,—se llamará *Felicia*: tal es el deseo de sus padres, aunque á los abuelos paternos no les agrada mucho.

Este ángel va á convertir en un paraíso esta casita, tan alegre ya. ¡Cómo crecerá entre la inteligente ternura de sus padres y el sencillo amor de sus abuelos!

Mélida espera á su madre con ansia para presentarla á su hija. Su primer pensamiento fué dar gracias á Dios por habérsela enviado; el desear que la viese su madre, el segundo.

Anoche, cuando todos dormían, yo me quedé

á velarla, y la creía dormida también: sentada á la cabecera de su lecho, contemplaba con tristeza su dulce y pálido rostro, enflaquecido por la enfermedad y la fatiga, y me había persuadido de que descansaba. De repente abrió sus ojos y me dijo:

—Espero á mi madre y también á Clara. Sí: no dudo que antes de salir de España vendrán á verme.

Esta noche se bautiza á la pequeña *Felicia*: su abuela *Catalina* la tendrá en la pila del bautismo; ahora duerme en su cunita de caoba, entoldada de blanca muselina, que sujetan graciosos lazos de cinta azul.

Adiós, mi amada Clara.

HONORIA.

XLIII

Valentina á Honoria.

Madrid, Octubre de 18...

Diez días hace que me retiene en casa mi alumbamiento, amiga mía, y la escribo para suplicarle que aún una vez dispense mis faltas y me perdone la cometida contra su amada Clara, á la cual

he detestado siempre, no siendo acaso el motivo más pequeño de mi odio el hallarla tan querida de usted.

Tengo una hija, y aún no está bautizada, porque no hallo un nombre bastante á mi gusto que ponerle: todos me parecen demasiado vulgares y plebeyos. Al fin creó que la llamaré Judith: es el nombre menos común que conozco, y el más bonito y adecuado, sobre todo para mi hija, que tiene los ojos y los cabellos negros.

De todas las nodrizas que me han enviado, he elegido una joven muy bella, á la que vestiré con todo el primor y lujo posibles para llevarla en mi carruaje. Mucho deseaba poder tener algún día una bonita niña y una nodriza elegante.

Perdone usted, amiga mía, estas tonterías: ya sabe usted que nunca he sabido disimularle nada, y que la digo cuanto pienso con toda franqueza. Además, ¿qué mal hago yo en gustar del lujo y de llamar la atención? Me he casado con un hombre rico, y puedo hacerlo: para eso me veo rodeada de otros mil sufrimientos, que tengo casi miedo de decirle.

César se ha vuelto silencioso, sombrío; no sale ni conmigo, ni solo, ni aun con sus amigos, porque no los tiene. A no ser porque yo salgo con la bella y joven Marquesa D..., ó sola—lo que tampoco me da cuidado,—me encerraría en casa como en una prisión.

Ahora me hallo condenada al retiro hasta que

esté buena. A causa de haberme cuidado poco el tiempo que he estado encinta, el alumbramiento ha sido bastante penoso, y no me restablezco. No obstante, así que pueda, saldré á lucir á mi Judith, que es muy bonita.

Adiós, amiga mía. ¿Cuándo deja usted ese rincón del mundo? Venga usted pronto á Madrid, para que pueda abrazarla su apasionada,

LA MARQUESA DE MONTEMAR.

FIN DEL TOMO PRIMERO

COLECCIÓN
DE
FILÓSOFOS ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

(De venta en la librería general de Victoriano Suárez,
Pecados, 48, Madrid.)

TOMOS PUBLICADOS

- I. CUZARY, Diálogo filosófico, por Yehudá Ha-Leví (siglo XII).—5 ptas.
- II. LA CUÁDRUPLE RAÍZ DEL PRINCIPIO DE LA RAZÓN SUFICIENTE, por Arturo Schopenhauer.—3,50 ptas.
- III. CRÍTICA DE LA RAZÓN PRÁCTICA, por M. Kant.—4 ptas.
- IV. EL DESTINO DEL HOMBRE Y EL DESTINO DEL SABIO, por J. G. Fichte.—4 ptas.
- V-VI. CRÍTICA DEL JUICIO, por M. Kant.—7 ptas.

EN PRENSA

- R. AVENARIO: *La Filosofía como pensamiento del mundo.*
BACHILLER ALFONSO DE LA TORRE: *Vision delectable de la filosofía e de las otras ciencias.*
LEÓN HEBREO: *Diálogos de amor.*

EN PREPARACIÓN

M. KANT: *Crítica de la razón pura.*

Y otras obras de Luis Vives, Espinosa, Raimundo Lulio, Francisco Sánchez, Santo Tomás de Aquino, Erasmo, Giordano Bruno, Locke, Hobbes, Hume, Descartes, Spencer, Bergson, etc., etc., esmeradamente traducidas al castellano.

OBRAS DE D. ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN

Historia de la Filosofía española (desde los tiempos primitivos hasta el siglo XII).—En 8.º, 7,50 ptas.

Historia de la Filosofía española (siglos VIII-XII: Judíos).
Madrid, 1911.—En 8.º, 7,50 ptas.

